

neceriais, don Fregoso; pero hay que ser oportuno hasta para hacer llorar.

FREGOSO.—Siempre lo habré hecho todo mal, hasta mi testamento.

FAUSTINA.—Pues bien, si yo no amase, amigo mío, vuestro tierno adiós os valdría mi mano y mi corazón; porque, sabedlo bien, aun puedo ser una mujer digna.

FREGOSO.—¡Oh! seguid ese noble impulso; no os dejéis arrastrar ciegamente á un abismo.

FAUSTINA.—Ya véis que puedo ser siempre marquesa de Fregoso. (*Sale riendo.*)

ESCENA XX

DON FREGOSO, solo.

Razón tienen los viejos de no tener corazón.

TELÓN



ACTO QUINTO

Terraza de las Casas Consistoriales de Barcelona, en cuyos alrededores se ven pabellones. La terraza da al mar, y termina con un balcón que figura estar en el fondo de la escena. Se ve el mar y los mástiles del buque que está en el puerto. Se entra por la derecha y por la izquierda.

A la derecha, un gran sillón, sillas y una mesa. Se oye el ruido de las aclamaciones de una multitud inmensa. Faustina mira, apoyada en el balcón, el buque de FONTANARES. A la izquierda está LOTHUNDIAZ lleno de estupefacción. A la derecha está don FREGOSO con el secretario que ha redactado el juicio verbal del experimento. El gran inquisidor se halla en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

LOTHUNDIAZ, el GRAN INQUISIDOR, DON FREGOSO.

FREGOSO.—¡Estoy perdido, arruinado, deshonorado! Si voy á postrarme á los pies del rey lo hallaré implacable.

LOTHUNDIAZ.—¡A qué precio he comprado la nobleza! Mi hijo ha muerto en Flandes, en una emboscada, y mi hija se muere; su

marido, el gobernador de Rossellón, no le ha permitido que asista al triunfo de ese demonio de Fontanares. ¡Cuánta razón tenía al decirme que me arrepentiría de mi ceguera!

INQUISIDOR.—El Santo Oficio ha recordado al rey vuestros servicios. Seréis virey del Perú, y allí volveréis á recuperar vuestra fortuna. Pero terminad vuestra obra. Aplastemos al inventor para destruir esta invención funesta.

FREGOSO.—¿Y cómo? ¿No debemos obedecer las órdenes del rey, al menos en apariencia?

INQUISIDOR.—Descuidad; no os faltarán medios para obedecer al Santo Oficio y al Rey al mismo tiempo. Obedecedme, pues. (A Lothundiaz.) Conde de Lothundiaz, como primer magistrado municipal de Barcelona, ofreceréis á don Ramón una corona de oro en nombre de la ciudad, por su maravilloso invento, que da á España el dominio de los mares.

LOTHUNDIAZ.—(Admirado.) ¡A don Ramón!

INQUISIDOR Y FREGOSO.—A don Ramón.

FREGOSO.—Le felicitareis.

LOTHUNDIAZ.—Pero ..

INQUISIDOR.—Así lo quiere la Inquisición.

LOTHUNDIAZ.—(Doblando una rodilla.) ¡Perdón!

FREGOSO.—¿Oís lo que grita el pueblo? (Gritan: Viva don Ramón.)

LOTHUNDIAZ.—¡Viva don Ramón! Mejor, así me vengaré del mal que yo mismo me he hecho.

ESCENA II

Dichos, DON RAMÓN, MATEO MAGIS, el mesonero del «Sol de Oro» COPPOLUS, CARPANO, ESTEBAN, GIRONA y el pueblo.
Todos forman un semicírculo en cuyo centro se coloca DON RAMÓN.

INQUISIDOR.—En nombre del rey de España, de Castilla y de las Indias, os felicito, don Ramón, por vuestro genio. (Lo conduce al sillón.)

RAMÓN.—Después de todo, él no es más que el brazo, yo la cabeza. La idea es superior al hecho. (A la multitud.) En un día como éste, la modestia sería una injuria á la honra que he conquistado á fuerza de vigiliass. Debemos estar orgullosos del éxito.

LOTHUNDIAZ.—Don Ramón, en nombre de la ciudad de Barcelona, tengo la honra de ofreceros esta corona, premio á vuestra perseverancia y al autor de un invento que da la inmortalidad.

ESCENA III

Dichos, FONTANARES que viene del trabajo con el traje sucio.

RAMÓN.—Acepto el honor que me dispensáis, (Ve á Fontanares) pero con la condición de que participe de él el animoso artesano que ha secundado mi difícil empresa.

FAUSTINA.—¡Cuánta modestia!

FONTANARES.—¿Es una burla eso?

TODOS.—¡Viva don Ramón!

COPPOLUS.—En nombre de los comerciantes de Cataluña, venimos á suplicaros, don Ramón, que aceptéis esta corona de plata,

humilde prueba de su admiración ante un descubrimiento que es fuente inagotable de riquezas no soñadas.

TODOS.—¡Viva don Ramón!

D. RAMÓN.—Extraordinario placer me causa ver que el comercio comprende el fecundo porvenir del vapor.

FONTANARES.—Acercaos, obreros, compañeros míos. Entrad, hijos del pueblo, en cuyas manos se ha modelado mi obra; vuestras vigiias, el sudor de vuestra frente hablarán, por mí, Hablad, vosotros que sólo de mí recibisteis los modelos todos de mi prodigiosa máquina: ¿Ha sido don Ramón ó he sido yo quien ha creado la nueva fuerza que ha domado los mares?

ESTEBAN.—¡Caramba! Sin don Ramón no hubierais podido salir del atolladero.

MATEO MAGIS.—Hace ya dos años lo menos que hablábamos don Ramón y yo sobre este asunto, y hasta recuerdo que me instaba á que adelantara fondos para empezar los trabajos.

FONTANARES.—(A don Fregoso.) Monseñor, ¿qué vértigo se habrá apoderado del pueblo y de los burgueses de Barcelona? Al oír las ruidosas aclamaciones que saludan á don Ramón, acudo lleno de ansiedad, cubierto de las honrosas huellas del trabajo, y os hallo tranquilo, sancionando el robo más inicuo que se ha cometido á la faz del cielo, ante una nación entera. (Murmullos). Pero es preciso que sepáis que sólo yo, y nadie más que yo, me he jugado la vida en esta empresa; que sólo yo hice al rey una promesa solemne; que yo solo he cumplido lo que prometí después de una lucha desesperada. ¡Y ahora se pavonea con

mi triunfo, coronado como un César victorioso, un don Ramón ignorante y necio! (Murmullos.)

FREGOSO.—No soy más que un soldado, y entiendo muy poco de ciencia. Lo que si sé es que debémos aceptar los hechos consumados. Cataluña entera concede á don Ramón la prioridad del invento. Todos reconocen que sin él no hubierais podido cumplir vuestras promesas. Mi deber es comunicárselo así al rey.

FONTANARES.—¡La prioridad del invento! Oh! una prueba tan sólo.

INQUISIDOR.—Ahora mismo la tendréis. Escuchad. Don Ramón ha escrito un gran tratado sobre la fundición de los cañones, y en él habla de un invento al que Leonardo de Vinci, vuestro maestro, dió el nombre de trueno, añadiendo—fijaos bien—que puede aplicarse á la navegación.

RAMÓN.—Ah! joven, ¿conque habéis leído mis obras?

FONTANARES.—(Aparte) Oh! toda mi gloria por el placer de la venganza!

ESCENA IV

Dichos, QUINOLA.

QUINOLA.—Señor, aun queda el rabo por desollar.

FONTANARES.—¿Qué pasa?

QUINOLA.—Ese condenado de Monipodio ha vuelto no sé cómo hecho una fiera, sediento de venganza. Está á bordo del navío con una banda de foragidos, y dice que lo echará á pique si no le dáis diez mil zequíes

FONTANARES.—(Arrodillándose). Oh! gracias!

El que había de ser mi esclavo, el Océano inmenso, es mi único protector. Tú guardarás eternamente mi secreto. (A Quinola) Vuela, di á Monipodio que se aleje en alta mar y que hunda para siempre el buque en el seno de las aguas.

QUINOLA.—¿Qué decis? ¿Estáis loco?

FONTANARES.—¡Obedece!

QUINOLA.—Pero, señor...

FONTANARES.—Nos va en ello la vida.

QUINOLA.—Por primera vez obedezco sin entender una palabra. (Sale).

ESCENA V

Dichos, menos QUINOLA.

FONTANARES.—(A D. Fregoso). Monseñor, dejemos á un lado la cuestión de prioridad que se decidirá fácilmente; pero permitidme que salve la vida en este litigio. Creo que no rechazareis este proceso verbal que es mi justificación ante el rey nuestro señor.

RAMÓN.—¿De modo que reconocéis mis derechos...?

FONTANARES.—Reconozco todo lo que queráis, hasta que O más O es un binomio.

FREGOSO.—(Después de haber hablado con el gran inquisidor). Vuestra petición es legítima. Ahí tenéis el proceso verbal en regla. Nosotros nos quedaremos con el original.

FONTANARES.—Hemos salvado la vida. ¿Consideráis vosotros, todos los que estáis presentes, que don Ramón es el verdadero inventor de la máquina á cuyo impulso ha surcado un buque las aguas en presencia de doscientos mil españoles?

TODOS.—¡Sí!. (Aparece Quinola).

FONTANARES.—Pues bién, si don Ramón ha hecho ese prodigio, don Ramón podrá volverlo á hacer sin inconveniente alguno. (Se oye un gran ruido). ¡El prodigio no existe ya! Una fuerza tan poderosa no podía estar exenta de peligros, y el peligro, que don Ramón no sospechaba siquiera, se ha presentado mientras le colmaban aquí de honores y recompensas. (Gritos fuera. Todos se dirigen al balcón para ver el mar). ¡Me he vengado!

FREGOSO.—¿Qué dirá el rey?

INQUISIDOR.—Francia está devorada por una guerra terrible; los Países Bajos arden en sangrienta revolución; Calvino ha conmovido á Europa entera; demasiados quehaceres tiene el rey para que vaya á pensar en semejantes pequeñeces. Este invento y la reforma son demasiadas cosas á la vez. Así conseguiremos librarnos por algún tiempo de la voracidad de los pueblos (Salen todos).

ESCENA ÚLTIMA

QUINOLA, FONTANARES, FAUSTINA.

FAUSTINA.—¡Mucho mal os he hecho, Alfonso!

FONTANARES.—María ha muerto ya, señora. Ya no sé lo que significan las palabras bien y mal.

QUINOLA.—¡Eso es ser hombre!

FAUSTINA.—Perdonadme. Contad conmigo para un nuevo y más hermoso porvenir.

FONTANARES.—¡Perdonar! También he olvidado ya esa palabra. Hay circunstancias en que el corazón se hace pedazos ó se endurece

como el granito. Tenía entonces veinticinco años; hoy me habéis echado encima cincuenta. Por vos he perdido un mundo. Debéis darme otro.

QUÍNOLA.—¡Oh! si volvemos á la política...

FAUSTINA.—¿Acaso no vale mi amor un mundo?

FONTANARES.—Sí, porque eres un instrumento maravilloso de destrucción y ruina. Ahora, tú me ayudarás á contar á todos los que se han complacido en amargar mi vida. No te quiero por mujer; serás mi esclava. Me obedecerás.

FAUSTINA.—Ciegamente.

FONTANARES.—Pero sin esperanzas. Ya lo sabes, llevo aquí bronce. (*Señala el corazón*). Me has enseñado á conocer el mundo. Mundo egoísta, astuto y pérfido, somos dos ahora.

QUÍNOLA.—¡Señor!

FONTANARES.—¿Qué?

QUÍNOLA.—¿Nada más que dos?

FONTANARES.—Sólo para tí hay todavía un puesto en mi corazón. Los tres iremos ..

FAUSTINA.—¿A donde?

FONTANARES.—A Francia.

FAUSTINA.—Partamos al instante. Conozco á España. Os matarían sin remedio.

QUÍNOLA.—Los recursos de Quínola están ya en el fondo del mar. Dispensad nuestras faltas. En París, lo haremos algo mejor. Está visto, el infierno está empedrado de buenas invenciones.

